

Aramburu (Vox, 2008)

Para Gustavo López

Ahí va el hijo de la barbarie blanca,
navega el espacio en su globo solar.
Sometido al principio de la fusión del núcleo,
cree y no cree, anota en su cuaderno:
“cuando estas lecturas cesen...”, ah
él y la pequeña alemana que salió de un repollo,
la pequeña hija de la leche de papá.
Él es como el motorman de los aliados:
trae, como Ezequiel el de Luis, la piedra y la insidia.
Ella va en el sidecar, sus grandes antiparras fosforescen,
con la fiebre roja y la furia húmeda de las mujeres
el pergamino amarillo de su pelo
recogido en la hebilla y una flor violeta
como signo de la decadence. Música, lenta música:
su padre los mima, más allá, desde el bote,
en un abrevadero del dique, desde donde piensa:
somos alusiones, somos metáforas...
Caminan por el borde del lago, como
pequeños astronautas. Recogen las piedras,
dan vueltas, siempre determinados.
Su padre recuerda, allí mismo,
el sabor de la granadina en los pechos
de una adolescente con quien practicaba el amor
en los graneros, en el techo de los chiqueros

en la paja que había
en la caja de un vehículo
de tracción animal. Ahí
mismo, unos años antes
cuando el fruto sazonó, él dejó su inscripción
de leche negra en el desagio
de la “ventana” que llevaba a las nubes...
Ah, escena de Las Rabonas...

Paz romana

Esa noche, el poeta no recibe
la visita de las musas. Figli,
escribe, estoy entrando de lleno
a la era de la verdad. Quizás
los años contemplan como exceso
lo que hoy es pura intuición.
Corre abril de 1991. La última tormenta del verano
estira sus efectos más visibles:
un cielo de nácar, el silencio húmedo
de un pueblo de la costa
sólo interrumpido por los más precoces
de los miembros de la raza nocturna de los grillos.
Figli, repite, como calando
el blanco de una hoja con tinta indeleble.
Pero ese hombre
ya no será visitado por las musas,
al menos por diez años. En cambio,
aliviará la angustia que le causan sus dolores más secretos
como capitán de un regimiento de artilleros.
Un regimiento de artilleros, sí.
La expresión es correcta; ahí
en el caos voluntario, dedicará

los días de franco a burilar su sintaxis.

Una guerra sin infiltrados,
una guerra sin dilaciones, espías
ni diálogos, una guerra sin dilaciones,
una guerra sin objetores
de conciencia, una guerra
que no fuera el fruto de largos, largos
diálogos, decisiones del partido
que no tuvieran en sí
la carnadura fecunda del diálogo,
la experiencia silenciosa y la experiencia y la experiencia rica
y la imaginación burguesa y la experiencia concreta.
Y la dirección y la vanguardia y el abrazo
de las masas.
Como si hubiera una guerra sin ética,
como si no hubieras pedido el orden,
como si el orden burgués. Como si este
dolor, esta incertidumbre, esta voz sin médula
no hubieran sido pensadas, masticadas y documentadas
en cientos de escritos de la máquina, del
movimiento, de la juventud, del partido, del frente
de la tendencia y del partido, como si eso que soñamos,
como si esa voz que limpia, no también ardiera...
Como si ardiera todo lo que no fuera silencio...
Como si eso que ardía, como, como, como...

Como si eso que soñaron los otros,
como si eso que soñamos nosotros,
como esto, que contiene dolor,
como esto, que no contiene dolor,
como si no hubiera instancias, como si no
hubieran sido pensadas, como si no
hubiera habido instancias, ni discursos
ni guerra, ni orden, ni ley, ni sangre,
ni guerrilla, ni espías, ni infiltrados, ni delatores,
ni documentos, ni filtraciones, ni niveles,
ni uniformes, ni condecoraciones, ni muertos.

El arma de mi viejo era la pluma;
la de mi abuelo, subido a la duma
de los sentimientos austeros y las tradiciones
vigorosas, de otra manera, también.
El padre de mi abuelo, en cambio, era lechero.
Una mañana de verano, fuimos los cuatro a ver pasar los trenes.
Cada uno dejó
ahí sentadas las discusiones
que amamantaron sus discursos,
las versiones que cuajaron
el bildungsroman de su mirada sobre las cosas.
Cuando uno era enfático, el otro callaba.
Cuando un tercero argumentaba
con sintaxis provisoria, el primero cedía
parte de su vigor en favor de la negación y otras razones
menos sutiles y siempre latentes
en la memoria de la especie.
¿Quién puede juzgar la dignidad de una prosa?
Uno la usaba con rigor enfático, en el calmo
desarrollo de una ciencia
objetiva; pero la aplicaba
nada más que contra sus fantasmas.
Hubo hechos
que conspiraron digamos

contra la gramaticalidad de la prosa
del otro. Como el efecto voluntarioso
que, sobre el ánimo enclenque,
ejerce uno o dos días el anuncio
de un control de precios, la conversación
encontraba asiento fértil
en el guano febril de mis ojos atentos
y dedicados, y las ramificaciones enérgicas
de sus señas y postulados
salían al cruce, por un instante,
de mi hambre apodíctica,
y se quedaban ahí,
suspendidos en el borde de la lengua,
destilando el hiato que precede
a una nueva forma de narrar.
Pero se entregaban enseguida
a la filiación congénita de sus ademanes,
y así iban y volvían,
como mieses cerollas pero más
como bracos en un campo de guano.
Después, fuimos a una chacra,
y estuvimos en silencio mientras caminábamos
y más tarde mientras un amigo de mi viejo
nos explicaba las propiedades de adaptación
de algunos granos que crecían allí
de manera inesperada.

Eran alimento de la naturaleza.

Mi padre me explica el impuesto a la tierra

Bajo el gran eucalipto de Nomaí, ahí
donde la gran parrilla rectangular
oficia de sede para la preparación del asado
mi padre me explica su idea de un impuesto a la tierra.

Los detalles no han sido sólo limados por los años;
también, por esa gran efusión semántica
que a los trece de sexo
cautiva a mi episteme.

Y no sólo eso:

si creo reconocer en el recuerdo la estructura retórica
de su viejo texto sobre el Plan Pinedo
también

persigo en esos “orígenes del peronismo” los efluvios todavía
de aquella crítica
de la cultura
de la renta.

En la parrilla se cuece un chivo bravo
degollado el día anterior por Abraham.

Luz

bebe un vaso de vino

rosado con queso. Mi madre

en el sillón de almohadones de dura y basta tela blanca

se informa de la vida escandalosa de una rusa
a través de la pluma ligera del conde Tolstói.

Unos pájaros recogen las frutitas rojas
que da el árbol cercano.

¿Cómo se llama...?

1977 o 1982, no importa: Diego lee a Toynbee.

No sé dónde están mis hermanos, ni las chicas.

En el maizal

bajando la escalera de piedra,

antes del arroyo que ocultan

los pinos, el arroyo Las Rabonas, ah, cuesta arriba

del arroyo Las Rabonas, cruzando el cual se llega

al rancho de las Domínguez, cloquea

un espantapájaros.

Yo estoy sentado en la piedra inclinada.

En mi cuerpo germinan el sexo y la crítica.

Pero más allá, en un más allá igual

al telón de la "ventana" en las montañas,

al más allá del cielo tras las copas de los árboles donde

descansa el griterío de palomas que esa tarde

saldremos a cazar con Diego

está esbozado el retorno, y con él

el lecho amarillo de los otoños que van a venir.

Ah...

Los escritores son los otros.

No nosotros, Carlos, Silvio, Sergio, Víctor,
que hacemos caer sobre los versos
como una tibia tinta iluminada.

Los escritores son los otros,
Martín, Lucas, Hugo, Nicolás,
que hablan con su voz como si viniera de los cerros.

Los escritores son los otros, no nosotros,
los sabios, los tercos, los pautados por una
economía del rigor y de la infamia.

Es mi lengua, que me mantiene altiva,
y de las hebras de tu narrativa
las conjunciones, las cópulas y las iteraciones,
lo que ejercerá el castigo,
dijo la diosa.

En el lecho de los sueños se acuestan muchas
reflexiones amargas, y
también, con ellas,
las uvas maduras de una cosecha
de diálogos y conversaciones
donde un viejo sabio y su gallo
esculpen la baba de la muerte.

Y en ese lecho, también,
las familias abrevan
para ampararse del rufián delictuoso de los días
y de los trabajos que auspicia la maldita
bebedora de artimañas.

Eso dijo la diosa, y otras cosas
que una tasa de interés elevado
no permite inferir. Pero pronto
el discurso derivó.

Entonces me di cuenta,
como el bodeguero que apoya los pies
en la prensa oscura de las uvas

no para chequear la calidad de su textura, sino
el tamaño de su esperanza,
que todo era un sueño. La que hablaba
era mi madre.

--Mamá --le dije--. ¿Qué hacés ahí,
erguida en el pedestal
rabioso de la leche,
cuando tendrías que haberme descastado?

--No sabés, hijo --me dijo--, no sabés
nada. Sólo cuando salgas de ahí
sabrás que el palermo fluvial
donde cantan los búhos de las lecciones aprendidas
es fluido y es leche, es aceite
consagrada al verano y al deseo.

La voz de mi madre,
teñida con tonalidades desconocidas,
avanzaba por el terreno del discurso
con el brinco raptó de un animal de leche.

Pero su experiencia, que cargaba siglos de verdad,
fue una revelación para mí.

Y la transmitió de manera no dicha,
como en un pase de magia.

Puerto de frutos

Ella trae un vino de la casa. Trabaja.

En sus ojos, quizá, el arrullo de una vieja historia fluvial se repite y se repite.

Escucha el sonido de un teclado preciso, tan en el fondo como las consonantes dentales de un chico que, casi arrodillado sobre los hierros de algo que produjo la siderurgia inglesa para el ferrocarril, observa los muñequitos de Pokémon de una chica

mayor que él. Evita

con cuidada deferencia los ojos de una pareja. Trabaja. Acepta un pago

en bonos del estado. En su mente, el río conjura en su auxilio los espíritus de antaño, se disfraza con sus nombres de guerra. Pero espera.

Ella. Va, trabaja, espera.

Y le dice al río en un murmullo

algo con vocales aspiradas. Estima

de pronto, con una mirada al cielo, que la hora es tarde, ya. Algo exige su partida y algo...

Trabaja...

Va, viene, va. Con un encono corajudo

deja que le pase el amor por los ojos.

Es esa pareja

que algo discute, y algo, a la vez,

procura. En los barcos que pasan

distingue a unos viejos pasajeros

del olvido. La escena parece quieta.

No hay mosquitos esa tarde, ni calor

que parezca verano. Es invierno, ya,

en verdad. Pero ese chico juega

casi al aire. En nada se parece a todo esto

de su imaginación la zona más estrecha.

Cavila,

con detenimiento cuidadoso

un vuelto. Algo infame y que lacera.

No puede dar eso. Pero otra vez la calma

y la tormenta. Son las vísperas de algo, no puede

recordar. Está en situación, ella.

Ella, puerto de frutos, trabaja.

Bueno, dejemos entonces que Daniel...

Bueno, dejemos entonces que Daniel
escriba, dejemos que escriba, que publique
dejemos que la luz
que viene de sus textos...

Durante presidencias militares
y precarias nació, y las valvulares
acreencias de una época oscura
la criaron entre campos de alfalfa
y campos de lino, tal vez.
Atravesó sin quemarse las coordenadas de su época,
pero con un dolor guardado
en lo más íntimo, ahí
donde un orfebre oculto
teje el nautilus sereno del ánimo y borda
las deudas impagas que acechan
como un bruto oscuro y negro.
Ahora se agacha sobre un bulbo
raquídeo, ahora asoma sus ojos más secretos
para ver al niño de sus ojos,
que expande su alegría
acotado por los límites del jardín. Se crió en una corte
de mujeres precavidas y sociales,
que llevan en la sangre
los artilugios de la buena sobrevivencia. Y
ella, por su parte, parió y crió una canalla
de varones ateridos y salvajes, intelectuales,
burros de una Luftwaffe precaria,
bombarderos de un canto sostenido

en el último la de la escala.
La canilla armada del patio
lentamente en su lecho
deja que caiga el agua fluida
y roja de la estrechez campamentera.
El sol, custodiado acá por una neblina
menesterosa, inicia su dialéctica
de subidas e inclinaciones, y amamanta
los ríos de mosquitos que han venido
a hacer su verano. Ahora,
ella recoge los frutos de un limonero precoz,
ahora maniobra entre los platos
que dejó una reunión amable y líquida.
Ahora revierte el campo de la pena
y la torna entusiasmo fértil,
mirada extasiada en esa vida
que avanza a pasos rápidos,
incontenibles. En un rincón del patio,
el chico recoge los frutos de la paciencia aprendida.
--Mirá, abuela, pájaros blancos y pájaros
negros, comen la comida que yo
les preparé --dice. Lince
de unos frutos aviesos,
piensa ella, y siente que ha pelado ya
el durazno de la tarde, que ahora mana sus jugos.

Dormís en la parte de atrás del auto
donde escribo este poema, solo y cauto,
yugular, avieso, concentrado.

Te resististe al sueño y después, simplemente
caías como un conejo marcado, hasta que tu
cabecita se inclinó, ávida de sueño, sueño.

No son las seis, pero el sol castiga ya
este pueblo de la costa.

El auto se quedó en el barro arenoso
y no arranca. Pasan

unos que vienen de la noche, unas chicas
pintadas; yo los atiendo en pijama.

Me ayudan a empujar, me dan explicaciones
mecánicas. Se mojó el distribuidor, dicen,
poné segunda y poné
contacto pero no pongas en marcha.

Se van, pasa un tiempo, el auto
no arranca. La vida y sus detalles,
su temperamento, están acá.

En ese vago que prefiere las señas a las palabras
y ahora duerme y en mi amor de padre.

Todo esto tiene los síntomas de lo permanente:
unas claves, una economía, unos patrones de reproducción.

Los entusiasmos vegetales y la dureza

de piedra. Pero ahora lo que impone es el momento,
despojado de su historia.

Ves dormir a un niño en tu sueño y sos vos,
lo sabés oscuramente. Te vestimos para el año
nuevo, te llevamos a pasear con las nueve niñas
que forman esta comunidad provisoria, turística,
precaria más que nunca porque flota en el aire
la caída vertiginosa del país.

Pero dormiste en el restaurante, y cuando despertaste
en tu cama, percibiste la notoriedad del engaño.

Y acá estoy yo, tu padre, intentando
engañarte otra vez en el primero del año.

Por eso la resistencia y la lucha.

Esas claves de la memoria
son las hendidias vigorosas del relato
donde nada a gusto la historia.

Judíos diciendo su iddisch defensivo,
marranos fanáticos, colonos
politizados, redactores de bulas
papales, rusos burgueses motores de la historia,
vascos desertores del ejército del farsesco
Luis Bonaparte, amancebados con una negra
al borde oriental de un brazo del río
Uruguay, cuyos hijos
iban a erigir una fortuna
y sus nietos a derrocharla,

artesanos y labriegos del Ligure, Arena del Po
y otros puntos de la ciudadana Italia,
celtas embrutecidos por el paso de las estaciones,
profetas del latín vulgar,
ávidos tenderos rumanos,
casi gitanos nómadas, ningún polaco, ningún inglés.
Todos ellos se vengan de vos en este sueño.
Todos querían prolongarse y acá estás,
soportando el asedio de tu padre,
reparando el motor de la mente.
Todo lo que se agita en tu expresión
dormida estaba
en el aire de esos muchos padres inquietos
que tejieron la vida para vos.

Toma un litro de vino cada noche.

Por la puerta entreabierta

entran con los grillos el calor

el verano y un fantasma:

ancho, leve, iluminado:

su padre.

Esa fresca, los ruidos de la fresca,

el olor de los lirios, de la tinta dama de noche

la suave cadencia de las yaras y de las flores

tañidas por el viento

no alcanzan a enfriar su pesada cabeza.

Sólo

una ligera obsesión:

que su lengua púrpura

agregue al olvido la consistencia cerúlea

de la semilla originaria, la madre

del fruto de la vid.

El resplandor de su padre:

una ausencia iluminada.

Esa noche no acabará la botella:

prefiere al corazón la medida.

Prudente,

alza su mano hacia los flejes de la luz

y en el ruido que hace el río colorado al caer

sobre el vaso reconoce
el canto de sirena de la niña que esa noche
lo espera al otro lado de la sierra.

Está leyendo a la madre, y al padre
lo aparta, y presa fiel de un moderable
malestar de los sueños más íntimos
ejerce el vino y el laurel:

la virtud justiciante
de un lector sereno.

Abre los ojos, se queda
quizás un instante mirando el vacío,
y enseguida comprende:

flacos lados del azúcar, calóricos
costados de la madre.

Era ese efecto de circulación lo que traía
la variedad a sus islotes
de autosuficiencia.

Quiso mojar la sangre.

Sabe

que el patrón de reproducción de una familia
es siempre el mismo;

así, verá

hileras de madres leídas,
consagradas a la atención de unos ojos
que nada pueden ver:

una marca de la impresión,

una huella

de azúcar.

Impalpable, y a decir
verdad, impenetrable, y
no ceñida al flujo natural de las categorías.

Mirá a tu madre:

pensá en la historia
y en los implementos obsesivos
con que intentás combatirla:
¿no será...?

Sangre regada en todos
los labradíos de Europa,
y al final, un viejo mirando un cuadro
de una colección holandesa;
enseñale a comer el grano, enseñale
a vivificar el estilo
o sino la grandeza del ojo, en un momento
en que todo está por morir.

Eggers

Corre diciembre de 1990

Es un viernes en la noche, y en una
antigua fábrica de cigarrillos
en la que otros justifican la caída
del muro de Berlín y sus derivaciones vernáculas con ecuaciones
lógicas que en última instancia van a morir
en una modesta proposición del alemán Frege
o en un breve panegírico
del inglés Alfred Tarski, o bien
dotando a todas las interpretaciones,
exageradamente, de un tufillo ininteligible
que leídas de un modo
podrían tacharse de ejercicios literarios a la manera
de Michel Foucault, yo
escucho a Conrado Eggers Lan
Es el último ejemplar
de los filósofos de alguna especie
Uno más de los equívocos
abundantes que nos legaron los años sesenta:
ese hombre alto, refinado, etcétera
tuvo como padre y madre ideológicos
a los mismos que ese aborto

llamado Organización Peronista Montoneros.

Ah, pero ese cosmológico Max Scheler

ese amigo del magnífico

Rodolfo Mondolfo, expone esa noche

su metafísica personal

A ella recurriré cuando más tarde, a los 4,

León aún ni siquiera imaginado me pregunte

qué hay atrás de todo,

en el cielo, y yo busque algo más

que la negatividad cultural de la época

y la afirmación trascendente más banal:

ahí vive, le diré, el soporte de todas las cosas,

la suma de los deseos y lo que provoca mayor asombro

entre todos nosotros.

Mi madre, novelista

Talla el surco de las palabras, sin impresionar. Cada cosa que lee le impresiona, y le fascinan especialmente ciertas zonas de la voluble narración, su leve humor filosófico. Cree que las palabras dicen: el hijo. El hijo lee, lee con fascinada obsesión, como el fruto de un mensaje que recibió con la leche. Lee, abona su mito en torno a la lectura, experimenta en su cuerpo las ilusiones cuya venta acaricia. A veces, toda su vida se reduce a la lectura. No quiere producir un delivery forzoso del relato de X. Va, sólo en los más bellos paisajes cree reconocerla.

Está aprendiendo a decirte que te ama;
le decimos buda, siddartha, lama.
¿Es éste el recorrido de la leche?
Sobre la materia imprecisa del amor construí
una estatua de sal.
¿Le vamos a construir una estatua?
¿A éste que con sus piernitas blancas...?
Ni los fríos ni los vientos
destruirán esa estatua.
Es como una «casa de la memoria»;
lo que se continúa
aun con hilos de leche y desvelos.
Sobre lo que no se pronuncia,
nada se erige:
ni los sueños ni el deseo.
Lo que se dice en cambio
es esa anfibia amable
con que uno se entrega al placer:
recortemos esa risa, ese aaahh, esa
difícil congregación de sonidos
que se tuerce sobre una experiencia
que pasa y se disgrega.
Veamos con cuánta paciencia
la frágil certidumbre de un pasaje

y del paisaje la moratoria fecunda

--reflejada en nariz, ojos, boca--

afirman la consistencia

láctea del momento.

Sí; es ahí.

Es ahí, ya ves cómo te llama,

te dice ven, ven.

Habla un lenguaje extraño,

como de agudas exportadas e incandescencias

difíciles.

Se expresa con deliberado foquismo:

puntos, aquí y allá,

puntos suspendidos en el trasiego tenue de las conversaciones

que lo rodean.

No todo lo que ves tiene alguna razón,

decile, o decile

que sí, que sí, que para todo lo que ama

habrá recompensa en un mapa

de las estrellas.

Inventale un jueguito, no creas

que ya no tendrás que congraciarte.

Es acreedor inflexible y deudor

moroso; pero todo en este baldío cubierto

de árboles de moras te inclina

hacia él.

Tus poemas

Se desprende de ellos una música
de gala tenue, en raíces, ávida,
la de quien se estremece al oír
el trabajo festivo de una orquesta
que integran tres cuerdas solas y pone
su voz, la lanza al fresco, al aire,
para llenar la perplejidad de un paisaje vivo.

En la síncopa
de tus nacionalidades perdidas y tus
raptos de inspiración creo ver
la elipse de dos o tres palabras
y un abandono al tronco grande
de la familia del trigo.

A la inflación natural del amor
le ponés nombres precisos, signos
de una exaltación animada
por el fantasma oculto en las palabras.

Andás por ellas como por campos
de trigo;
vas, venís, guardás
en los fríos y en los altos
el tono de una armonía preparada

sólo por los momentos íntimos.

Te parás como en la cima

de un monte al final

de un llano cerealero.

Sos una mujer, hecha

de risa y corcoveos.

Te agita el mar, como un gran corazón

que late por vos, y por eso te extraña

producir calor.

Es algo innato, vos lo decís,

mientras nadás por el fondo del mar...

Ah...

Ahí veo tus ojos, despojados

del cosquilleo que los contenía.

Ahora estás acá, desnuda, conmigo.

¿Vamos a ver la cercanía de las cosas...?

No es un brasilero, no, que con un samba
te arregla todo, pero... Pero este cambia
que arruga las melodías y les depara
contenidos de silencio...

Pero...

Ya vas a ver la bielsa fadua
y hermosa qué flor más bella trina.
Dale más sincopa, hermanito, dale...
Dale vos y tu contra...

Sí, ahí sale del estuario
una viveza constante...

Sí, no, sí. No hay contrapunto aquí
sino miel de la más pura.

Qué pecho caliente tiene tu música...

Y toca, toca, toca...

Dale al lunfa de tu instrumento...

Dale gamboa, dale zamora...

Quizá, hijos, hijos, hijos...

Quizá música.

Ella, música...

...y su abandono sutil...

Ella en la que juega
este silencio concentrado, este silbido
de viaje.

Ah, no, no es un brasilero, no...

Que con un samba...

Pero afina un do el guachito.

Sabe afinar un do...

¿Y duda? Duda en lo más hondo.

¿Y qué quiso decir con la elección del grave?

Tito, Tito, Tito,

en tu palma las cuerdas forman

otro gol de paloma, que ahoga

el do envarado de un pecho pardo

y moro...

DFC

Te visita la noche, y a la noche

te visitan las palabras, te visitan los fantasmas.

En el arrobo de tu hechizo dulce,

escuchás

las palabras de Mera, las palabras de Mora, las palabras de Moro

las palabras de Andrés, las palabras de Pepe

las palabras de Juan, las palabras de Félix,

las palabras de Ricardo, las palabras de Victorio

las palabras de Hugo, las palabras de Carlos, las palabras de Juan

las palabras de Víctor, las palabras de Arturo

las palabras de Chang Kai Shek

y las palabras del mudo...

Si llega la hora de la guerra...

Un poco bandeado por la caña, mi padre
escribe: si llega la hora de la guerra, Jaime,
si llega la hora de la guerra...
Empieza una frase con tinta de durazno y la borra.
En su escritorio se acumulan los papeles.
Le escribe algo a Jaime, pero pronto
desiste y va al jardín.
Lo esperan los geranios, que tienen escrito
el cielo con tinta indeleble.
Y los jacarandás: su techo es el cielo.
Ese hombre, nadie sabe
qué hace ese hombre a las dos de la mañana
cortando la enredadera.
En su mente, una mente de jazmines, épica y martirio,
las banderas de la hora ya no cuentan.
Se detiene en la vieja empalizada
y vuelve a la escritura.
Esta vez sí, las palabras fluyen.
Nadie duerme en esa casa.
El sol es sólo un viejo enemigo.
Ha vuelto la palabra, y con ella
las cenizas.

Como si esa madrugada hubieran despertado
todos los fantasmas, toma
un antiguo libro de sociología
y lo lee.

Cree reconocer una frase, un subrayado,
el paso de una época, pero
ya no sabe si es un sueño
en el que mi madre lo despierta, lo acuesta
y se va a preparar el café.

Saer

Un chileno, cuyas páginas admiro, dijo:

que algo de mi prosa alcance el influjo de Saer.

Otro, platense, amigo:

el español de Saer, el español

de la prosa de Juan José Saer.

Si tu prosa, Saer, que se acoge a los beneficios

de la justicia penal y de una obra ajena y transitada.

Si tu prosa, que...

Si tu obra, que descansa en la tumba

de los departamentos de letras...

En el fragor cervezal de una marcha
épica y equivocada, uno emparcha
el ritmo y la belleza del redoblante
y el otro, cauto y azorado, arroja el guante
a las aguas de la discusión. En la vértebra
de sus palabras, el primero cree reconocer
la afición de su hermano a la cebada, pero la verdad
es que empuja la emoción que lo embarga
y le da nombres iluministas
al más famoso de sus fantasmas:
ambos creen que la barbarie...
Ambos creen en la barbarie...
Banderas negras y rojas flamean un instante
pero la multitud las incauta.
Ellos sonríen. Hace calor. Van
por más cerveza. Caminan. Se encuentran
con gente. Como una martineta amarilla,
como una mulita azul, casi violeta, con franjas, lento
como aquel alto cornaglia, el silencio
se posa sobre ellos. Uno padece
un dolor celestial, y no cree en los sistemas.
El otro tampoco, pero escribe, escribe,
escribe en secreto todas las mañanas,
con una desesperación que el primero

no creería posible, ni útil, ni conducente.

Etiqueta negra

Quizá forjó su intemperancia
en lides amargas y en la rancia
triste ardiente alba brasa
de un electroshock que le aplicaron
a comienzos de los años sesenta.
Quizá, muchos antes, en la infancia
tenue apasionada intensa bivalva,
brusca siempre brusca infancia
peronista. Quiso refugiar su índole
democrática en los escritos de Ortega,
en el diálogo imperturbable del derecho
constitucional, en esos comandos tecnológicos
donde se practicaba con avaricia desigual
la militancia emotiva y el dulce abrigo
de la inflación en la lengua.
Y hasta en la guardia de hierro
que lo cercó con sus pastiches nacionales,
y en ese negro scalise de la tarde
que lo acechó como una sombra.
¿Cómo te escribo, ahora?
¿Cómo te escribo y retomo
un diálogo terrible, retomamos?

De la felicidad ardiente, quedan
los restos de una zarza. De la inverosímil
piedad nacional, bardo, bardo,
bardo, bardo. Un tono de voz en los electrodos
del teléfono, ahogado, antes
de tu primera operación. Eras un silencio
hostil y una voz
en cuello
alta, altiva, interesada.
Pensaste que no dejabas nada.
Y sin embargo, un hueco en la estela,
una pirámide furiosa, de raigambre honda
en el fuego y la ciudad...

Lírico, Dalcio, sos lírico

sos un habilidoso de las palabras:

dulce, tibio, blanco

Te movés como un pez en el arco púrpura

donde nadan a gusto las palabras,

las palabras: antes creías que con ellas

trazabas una máquina implacable

Ahora te movés por ellas a los saltos:

margaritas, conejos, fantasmas.

Ahora ellas son olvidos breves:

lírca, Dalcio, lírica, lírica...

Ah, linda y leve lírica.

Le cantabas a Roma en los banquetes
y, ah, porfiabas a orillas del Cauce.
Las claudias y los brotes que pacifican
tu enojo civil te sumían en un dolor
eterno. Sin negar la dinámica
de la historia, adquiriste un color
político, P., y armaste máquinas,
aparatos: una red, una orga
nización. En un silencio de diamante
se guardan ahora las armas,
se velan las guerras
de la conciencia pública.
Mariano Moreno de la mente,
ahora contás los días que pasan para ver
si esto dura más que la Comuna.
Ahora escribís tus memorias,
ahora empinás tus recuerdos en los brazos
cobres de las opciones de hierro,
ahora guardás
el reposo del guerrero.
Una dicha te acompaña, pero un viejo
tic te delata. Sos El Que Habla,
y cuando Habla,
dice verdades divinas.

Una vez como prosa,
y la segunda como poema.

Filipo va con su auto rumbo a Zapala.

Por la cadencia de sus manos peludas en el volante, uno diría
tiene los modales de un cisne.

En ese momento, siente
la dulce picazón que sigue
a la ingesta moderada de licor de centeno,
una afición que comparte
sólo con pocos ingratos.

Ha dejado atrás las franjas
azules y amarillas que delatan
los cultivos de lino y de trigo,
los errores del pasado, la euforia
de la verde estación. Unos minutos
atrás, paraba a cargar nafta.

Piensa, piensa, moldea su neurosis
en la lógica implacable de las cosas.

Se acuerda de una chica
venida del fondo de la marea étnica,
la firme candidata a princesa
negra de su grupo de amigas.

Y sonrío.

Como una especie de mesías malogrado
imagina que en el cielo se dibuja
la barba de Cuffaro...

Luego, se acuerda de uno que con el cinco
en la espalda corría, corría
para cubrirlo:
su hermano. Sube
la música, cierra
por un instante los ojos, resopla y espera
por ese paraíso donde se cumplen todas las promesas:
la tierra.

En un barco al que llamamos **Aramburu**

fuimos una tarde a pasear por el río

Nagy Emilio Ruso Tano

Carlos Andrés Tomás Nicolás

el Vasco y otros que ahora

mi tibia memoria no recuerda.

En el runrún morado de las aguas,

en el calce limpio con que el cielo y las aguas

bajaban, aquel paraíso

se vio pronto envuelto en brumas:

la bruma de de la uva blanca y las burbujas

frías, la alegría del bautismo, la partida

a esa como regata olímpica, los cantos

en honor del amor por dinero.

Uno sentó a la Belleza en sus rodillas, y otro

le asestó furiosos improperios.

Otro dio en la tecla de Placer

y la obligó a arrodillarse ante su vientre.

Otros dedicaron el día

a ungir las velas, a ordenar sus reflexiones.

El día fue largo y la pesca,

fructífera. Al regreso cantábamos

viejas canciones marineras:

reparaba la tarde el corazón,

más maduro en el uso de la luz.

*La tuya, Aramburu, la tuya
no fue una muerte digna
de un general, Aramburu,
de los que te mataron, Aramburu,
la mitad no sabía disparar
y la otra, bueno, la otra
se deleitaba con la misma comida espiritual...
Aramburu, Aramburu,
la tuya no fue una muerte digna
de un general. Duro, duro,
duro, Aramburu, duro. Si la noche
hubiera sido más larga, si los grillos
que cantaban en la noche, Aramburu,
si el campo pampa de una colonia
de labriegos vascos de Timote, si,
Aramburu, si, si la noche y el día
y el sótano y las cenizas, que en sus brillos
esterados fue a perderse, ahí,
si el galope de un caballo que corría
a tiempo, Aramburu, si, Aramburu,
si en la noche de estrellas, que
dibujaba en su pizarra, si una voz, sola,
en el medio del campo, si, Aramburu, si,
si los que te mataron no hubieran sido*

*jóvenes y fanáticos, Aramburu, si las preguntas
que no te hacías, Aramburu, Aramburu,
te las hubieras hecho, si las hiciste, si éstos después
aprendieron, si no hubieran aprendido,
si sus ejércitos informales, si de la boca
de un fusil, si, si, Aramburu,
si un grillo en la noche, si nosotros que amamos
ser sorprendidos, Aramburu, ah, Aramburu,
Aramburu, teniente general
Pedro Eugenio Aramburu, si nosotros
que amamos ser sorprendidos...*